te, sin poder explicar por qué, salía con Adriana y tomaban el magnífico carruaje que para ellos sostenía y pagaba Leocadia con el dinero de su hipocondriaco esposo, el Conde del Villar.

III

Como unos quince días después de esta noche de recepción, se preparaba un baile *verdadero* en los salones de los Condes del Villar.

Había además en proyecto una gran comida y un concierto, donde debían cantar varias notabilidades extranjeras, ajustadas en el teatro de la Opera.

Adriana, tendida en una ancha butaca en su tocador, dormitaba; cerca de ella, y extendido en un sofá, había un vestido de raso blanco, cubierto con otro de tul sembrado de lunarcitos de plata; en un estuche se veía un collar de brillantes.

La puerta se abrió bruscamente, y entró Daniel; aunque eran las dos de la tarde, estaba vestido con la bata de levantarse; al entrar arrojó el cigarro habano que llevaba entre los labios, y pasó la mano por sus cabellos descompuestos.

Adriana, asustada con el ruido de la puerta, abrió los ojos.

—Podías entrar con más silencio,—dijo bostezando.

—Me ha convenido entrar así,—contestó Daniel con una brusquedad extraña.

—¿Qué tienes?—preguntó Adriana, mirándole por la primera vez atentamente.

—¡Deseos de dispararme un tiro!

Adriana bostezó, y se recostó de nuevo en la butaca.

—¿Cuándo es el baile en casa de tu madre?—preguntó su marido.

—Pasado mañana.

—Pues no irás.

—Daniel, ¿estás loco?—preguntó la joven.

—Poco me falta; pero aún me queda bastante razón para decirte que no irás á ese baile.

—Tú te chanceas, amigo mío.

—Nada de eso. No iremos á ese baile; y además, voy á devolver á tu madre el coche y los caballos: ¿no es ella quien lo paga?

—¿Y quién ha de ser?

—¡No lo sé! Estamos al borde de un abismo de deshonor y de infamia, y nada me extrañaría ya.

—No tengo ganas de descifrar logogrifos,—dijo Adriana con desdén.

—Entonces te descifraré yo éste: estás gastando un lujo que yo no pago, ni puedo hacerlo; y esta situación, vergonzosa para tí y ridícula para mí, es forzoso que cese.

—Mi madre paga, en vez de darme una dote, todo el lujo que gastamos,—observó Adriana.

—¡Y qué!—exclamó Daniel.—¿Me crees tan ni-

—¡De malas madres! ¿Quién cuida de sus hijos?

—Una aya y varias criadas.

—Mis hijos, los tuyos, Adriana, no tendrán aya, porque nuestra fortuna no basta para eso.

—¡Sí basta, porque la pagará mi madre!

—¡Basta!—gritó Daniel en el colmo de la cólera.—No vuelvas á nombrar á tu madre, y envíala á decir que no espere verte en esa fiesta escandalosa que va á dar en su casa.

Adriana era débil y asustadiza, porque era culpable: la cólera de su marido la espantó, y cubriéndose el rostro con las manos, echó á llorar.

En aquel momento se oyó parar un coche á la puerta; la joven se precipitó fuera del tocador; al llegar ella á la antesala, entraba otra persona, en cuyos brazos se dejó caer llorando: la media luz la engañó, porque creyendo buscar amparo y valor en el seno maternal, se halló en los brazos de su suegra, la Condesa viuda, la madre de Daniel.

Este, que había seguido á su mujer, separó á ésta de los brazos en que se había refugiado, y la condujo al salón; su madre los siguió.

—Adriana—dijo Daniel con voz que la cólera hacía temblar,—Dios ha querido que en la situación de ánimo en que yo me hallo, no haya sido tu madre la que haya llegado; ella te hubiera dado la razón de tus sinrazones, y yo no hubiera podido responder de mí; por fortuna, es mi madre la que llega: oye su voz y sus consejos, mientras yo

voy á ver á la tuya y á decirle lo que ya hace tiempo debiera haberle dicho.

Daniel, dichas estas palabras, salió de la habitación, y las dos mujeres quedaron solas.

Hondas huellas había dejado el dolor en el noble y simpático rostro de la ilustre viuda: todo lo que su amante corazón había previsto de desgracia y de dolor para su hijo, se había realizado. ¡Daniel era infeliz! ¡Daniel sufría, y sufría sin remedio!

¡Qué horrible tormento para aquella amante madre!

Al ver á Adriana, á la causante de sus penas, á la criatura que había encadenado á Daniel con una infelicidad perdurable, un sentimiento amargo anegó el corazón de la Condesa; pero bien pronto la natural bondad de su alma dominó en ella; miró á la débil criatura que lloraba con el rostro entre las manos, y pasando un brazo por detrás de su talle, la hizo alzar la cabeza, secó sus ojos con su propio pañuelo, y la besó en la frente con ternura.

—Vamos, hija mía, sosiégate—le dijo con dulzura;—ninguna pena de la vida se alivia llorando; las lágrimas no nos enseñan la solución de ninguna situación difícil.

—¿Y qué he de hacer ante el injusto enojo de Daniel, señora?—exclamó airada la joven.

—Lo que hacen todas las buenas esposas.

—¿Y qué hacen?

—Procurar calmarlo.

—¡Ah, señora! ¡Yo temo que alguna celosa, que alguna maligna influencia, se interponga entre mi marido y yo!

—¿Hablas de la mía?

Adriana guardó un silencio muy ofensivo para la madre de su marido.

—Oyeme—dijo ésta:—mi hijo está ya casado contigo, y el matrimonio es un lazo que ni se puede cortar ni deshacer; él te ama, y el perderte, sea moral ó materialmente, sería un dolor mortal para su corazón. ¿Crees que yo no te amo, siquiera por él, y porque tú eres el árbitro de su dicha?

—Creo que usted me aborrece, señora.

—Pues te equivocas: yo te amo, Adriana, y sólo deseo tu felicidad, á la cual está estrechamente unida la de mi hijo.

—¿No se oponía usted á mi casamiento?

—Hasta que ví el frenesí con que te adoraba.

—¿Y después?

—Después no. Yo anhelo sólo su dicha, y sabía que sin tí sería muy desgraciado.

—Ahora lo es también conmigo, según dice.

—Lo supongo, y hoy lo he visto; pero ¿por qué? ¿Qué sucede entre vosotros? ¿De qué se queja?

—De mi amor al lujo y á las diversiones.

—¿Y nada más?

—¿Pues de qué más pudiera quejarse?—preguntó la joven con tan inequívoca expresión de

candor, que un rayo de alegría pasó por el semblante de la Condesa, como pasa un rayo de luz por el epitafio de una losa funeral.

—Pues si sólo de eso se queja, no tiene razón.

Adriana miró asombrada á su suegra.

—La razón es tuya—prosiguió aquélla:—tu edad es la de las diversiones, y no has de renunciar ahora al lujo en que has sido educada.

—¡Cómo! ¿no le da usted la razón á Daniel?

—De ningún modo; y así que le vea, le diré lo que ahora te he dicho á tí: no debe privarte ni el fausto ni las diversiones.

—Es que—dijo la joven vacilante—no parece que tenemos bastante dinero para vivir con holgura.

—A mi hijo toca buscar los medios de tener más dinero.

Adriana miró atónita á la Condesa viuda.

—Sí—continuó ésta:—que trabaje en su bufete; ese es su deber imprescindible, porque al casarse contigo sabía dos cosas: que estabas habituada á una vida cómoda, fácil y opulenta; te aceptó con estas condiciones; te amó con ellas; ni debe ahora quejarse, ni hacer sufrir; yo ayudaré á mi hijo para que cumpla con el deber de hacerte dichosa, mi pobre Adriana.

—¿Y de qué modo?—preguntó tímidamente la joven.

—Con mis consejos.

—¿Y él los seguirá, señora?

—Creo que sí, aunque haya uno que le parecerá un poco difícil.

—¿Puedo yo saber cuál es?

—Sin duda: tú puedes y debes saber todo lo que piensa y hace tu marido.

—Mi madre no dice eso—observó Adriana:—dice que para nada me cuide de lo que hace Daniel.

—El amor de tu madre, á fuerza de ser grande, es ciego—repuso la noble viuda, por cuyos labios pasó una amarga sonrisa; —sólo al precio de cuidarte de cuanto haga tu marido, serás amada de él.

—¿Y cuál es el consejo que le va usted á dar, señora? ¿El que le ha de parecer más difícil de seguir?

—Precisamente. Pues es que le pida á su hermano que aumente su pensión de alimentos.

—¿Al Conde?

—Al mismo: ¿qué hay de extraño en esto?

—Yo no creo necesario eso,—dijo Adriana, cuyas mejillas se habían vestido de un subido color de rosa.

—Pues yo sí, hija mía—dijo la Condesa con una dulce y benévola sonrisa.—Marcelo y Daniel son hijos del mismo padre: el primogénito, por un efecto de la acritud de su carácter, se propuso, después de viudo, mortificarnos á todos, y redujo todo lo posible la pensión de su hermano y la mía; yo no me quejo, porque me sobra con lo que tengo; pero á vosotros os falta, y es justo que Daniel pida.

—¡Ay, Dios! ¡Pero si ya me da tanto mi madre!—exclamó Adriana con un arranque irreflexivo.—¿Cómo el Conde ha de darnos por mi madre y por él?

—Tu madre te dará de su fortuna particular,—dijo gravemente María de Guzmán.

Adriana no contestó: estaba avergonzada y arrepentida de lo que había dicho.

—Habla—dijo la Condesa.—¿No es verdad que el dinero que te da tu madre le pertenece?

—No, no, señora: decía que nada tenía ya cuando se casó...

—¿Luego ese dinero...?

—Debe sacarlo de la gaveta del Conde.

El silencio siguió á estas palabras; un silencio triste y sombrío; después de algunos instantes, preguntó la Condesa:

—¿Sabe Daniel que tu madre te da dinero?

—No, señora,—respondió Adriana.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó fervorosamente la noble madre.

Y volviéndose á la trémula joven, añadió:

—¡No se lo digas, hija mía! ¡No se lo digas jamás, ó perderás para siempre todo su amor y estimación!

—Está bien: de lo último que mamá me dió, aún tengo ahí casi todo.

—Devuélveselo hoy mismo, y cuando necesites

dinero, pídemelo á mí; yo haré que tu marido lo gane ó lo pida á su hermano; pero no admitas más un dinero que es robado...

—¡Señora!—exclamó Adriana levantándose rígida y helada.

—¡Robado!—repitió lenta y tristemente la Condesa.—Si no lo sabías, yo debo decírtelo para que no vuelvas á admitirlo. ¿Qué es robar? Tomar bienes ajenos contra la voluntad de su dueño. ¿Y crees tú que el Conde dará de buena voluntad lo que necesitas para sostener tu lujo? ¡No, no estés en ese error! El Conde aborrece tus gustos y la debilidad de Daniel para tí; pero si ve á éste desdichado; si le ruega que aumente su pensión; si le ve trabajar en el bufete día y noche, entonces le ayudará, y lo que gastéis será vuestro, y solamente vuestro. Hija mía—prosiguió la Condesa,—en breve serás madre; cuando lo seas verás cómo cambian todas tus ideas, cómo te cansas de bailes, teatros y paseos, y cómo ansías estar en tu casa y al lado de tus hijos. ¡Porque tú eres buena, mi amada Adriana, y aunque te han querido mucho, te han querido mal, y no han sabido hacerte dichosa!

—Es verdad, señora—dijo la joven:—hay en mi interior hace algún tiempo como una sombra obscura; es un desaliento, es un malestar inexplicable: voy con afición á las fiestas del gran mundo, y vuelvo con el corazón cansado y vacío; y sin embargo, yo amo á Daniel, soy dichosa á su lado;

preferiría la muerte á perderle... ¿Qué haré para tener paz en el alma, para tener el ánimo tranquilo y alegre?

—Pronto te enviará Dios el remedio supremo de todas esas nieblas del espíritu—dijo la Condesa:—tus hijos te consolarán de todo, y te harán la vida dulce y fácil; hasta entonces, hija mía, espera; el saber esperar es una de las grandes ciencias de la vida: espera, ama á tu marido, y evita la tentación que te he señalado, y que tú no conocías.

IV

Eran las diez de la noche, y en el pequeño hotel de la Condesa viuda del Villar reinaba un silencio apacible.

Un viejo criado, que servía de lacayo y de mozo de comedor; una camarera de edad madura, y una cocinera más joven que estos dos, componían toda la servidumbre de la Condesa.

Esta se hallaba en el salón con su nieta Cristina, que habitualmente pasaba con ella todas las veladas, desde las ocho á las once. A esta hora el viejo Frascisco la acompañaba á casa de su padre, de donde no quería la Condesa que faltase á dormir ni una sola noche.

La Condesa trabajaba en una labor gruesa de crochet: era una colchita infantil, y con eviden-

cia destinada á una cuna, de lana de un azul vivo y un blanco plata.

Cristina trabajaba en un bello encaje irlandés, fino como la espuma, y que por las muchas varas que ya tenía rollado, se conocía era para guarnecer una colgadura de balcón ó un juego de cama rico.

Vestía la Condesa un traje de seda gris, ya un poco deteriorado y de modesta hechura: la falda tenía dos bieses, y la túnica otro más pequeño; un cuello liso con una corbata debajo, puños iguales y unos pequeños pendientes de oro, formaban todo su atavío.

La fisonomía de la Condesa estaba profundamente triste; pero su expresión apacible é inteligente era la misma que ya le conocemos.

Cristina llevaba un elegante, pero muy sencillo, vestido de seda negro; parecía una joven inglesa por la corrección de sus facciones y la serena pureza de su expresión; su cara estaba también profundamente triste; pero, como la de su abuela —y así la miraba con un cariño enteramente filial, —tenía una expresión de paz y de serena resignación.

—Mamá, ¿hago ya el te?—preguntó la joven después de oir las diez en el reloj de la chimenea.

—Espera un cuarto de hora, que aún puede venir Daniel, y desde luego vendrá el Duque.

Al dar esta respuesta, la Condesa dejó clavada la aguja del crochet, y pareció sumergida en una reflexión profunda.

—¿Qué tienes, madre mía?—preguntó la joven.

—¡Dos gemelos, dos hijos ya!—exclamó la Condesa como respondiendo á su propio pensamiento.

—¿Y qué mal hay en que Daniel tenga dos hijos? ¿No los quieres tú?

—¡Oh, más que á mi vida; quizá tanto como á mi hijo—murmuró la abuela,—¡y por eso lamento ya su suerte!

—Madre mía, al llegar al mundo esos niños son ya ricos de amor—dijo Cristina:—su padre los adorará, y su madre... su madre también.

—Sí, su madre los adorará también; pero eso no basta para que sea buena madre, y luego ¡qué porvenir, Dios mío! De nada ha servido el que tu padre haya aumentado la pensión de Daniel: los apuros son los mismos, y quizá mayores cada día.

—Ahora las dos nodrizas traerán un terrible aumento de gasto, ya lo veo—dijo Cristina;—y como Adriana tiene tan delicada salud...

—¡Y yo no puedo hacer nada, nada por ellos! —suspiró la Condesa.

—Yo haré que papá haga algo más por Daniel —dijo Cristina, cuyas mejillas blancas se vistieron de un bello sonrosado.—Pero ¡ay! esa mujer es cada día más cruel en su rivalidad, y quiere ser ella la que le dé el bienestar á su hija, sin que ésta lo reciba de su marido.

—Yo he conseguido de Adriana que nada reciba de esa madre fatal... pero es débil, moral y ma-

terialmente hablando: va á tener privaciones, y entonces...

—Vamos, madre mía, no adelantemos los males que aún han de llegar, ó que quizá no lleguen nunca—dijo Cristina.—Dios cuidará de Daniel, de su mujer, de sus hijos. Dios es el padre de todos y el eterno dispensador de las mercedes humanas. ¿Por qué hemos de temer su abandono?

—Eres un ángel, mi amada Cristina—dijo la Condesa abrazando á la joven,—y quizás tus ruegos alcanzarán misericordia del cielo, porque nosotros nada podemos esperar para Daniel más que un trabajo sostenido y bien pagado, y mi pobre hijo pierde más cada día el hábito de trabajar... Es un espíritu débil, al que nada sostiene, y que se deja caer abatido... ¿Qué será cuando lleguen los días de las grandes amarguras?

—¿Y si no llegan?

—Llegarán, hija mía, llegarán: un triste presentimiento me lo dice.

—Entonces aquí estaremos nosotras para amarle, para animarle, para sostenerle... El saberse amado es la gran fuerza del hombre.

—Adriana le ama; hay que hacerle esta justicia.

—Pero le ama mal; le debilita en vez de fortalecerle; le mata moralmente; hay que empezar por educarla á ella, y no se deja educar.

—El amor de madre hace milagros—dijo la Condesa, por cuyos ojos pasó como un rayo de

júbilo;—esperémoslo todo del amor maternal.

—¡El señor Duque de Aguilar!—anunció Francisco alzando la portier.

Cristina se levantó con solicitud, y acercó al de su abuela un ancho sillón para el recién llegado.

Era un hombre de cerca de cuarenta años, jorobado, aunque no de muy pequeña estatura; su talla mediana era casi bien proporcionada, y á no ser por la gran prominencia de su espalda, sólo hubiera podido tachársele de tener el cuello muy corto; pero lo excesivo de aquel defecto le daba una apariencia grotesca y lastimosa.

Su cara era también fea é irregular: tenía los ojos grandes y obscuros, pero de tétrica expresión; la nariz, larga y aguileña, era corva como el pico de un ave de rapiña; la boca era grande, pero adornada de una bella dentadura, y se abría á menudo con una sonrisa amarga; tenía el rostro largo y la cabeza grande y poblada de cabellos grises, y en algunos sitios casi blancos; al derredor de la frente los cabellos se habían caído, y ésta aparecía ancha y desbastada por la cavilación, por el dolor, por mil amarguras terribles y silenciosas.

El Duque vestía completamente de negro; la blancura inmaculada de su camisa tenía un tinte azulado que hacía resaltar la limpidez de tres perlas pequeñas que la cerraban.

Sus guantes, de la clase más exquisita y de medio color; su calzado, que encerraba un pie estre-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cho y elegante; la sencilla cadena de su reloj, todos los detalles daban al Duque una distinción suprema é inimitable.

—Bien llegado, amigo mío—dijo la Condesa tendiéndole la mano;—aunque tarde, le esperaba esta noche.

—Pues yo creí no poder venir—repuso el Duque dejándose caer en un sillón:—hoy he pasado un día cruel.

—¿De dolor en el pecho?

—¡De todo! La cabeza, el pecho, todo está en mí dolorido ó destrozado; pero me hallo tan mal en manos de los médicos, que hago un esfuerzo supremo para no caer.

—Sin embargo, amigo mío, es forzoso que se cuide usted,—dijo la Condesa.

—¿Para qué ó para quién, señora?

—Para usted mismo, para sus amigos.

—No merece la vida la pena de conservarse.

—¿Cuándo se curará usted de su misantropía?

—¡Jamás! Creo que irá en aumento.

—Y yo pido al cielo que no sea así, y se lo pido de todo corazón.

—¡El cielo!—repitió el Duque con amarga sonrisa.—¿Acaso el cielo se cuida de nosotros?

—¿Y quién lo duda?

—Yo, señora.

—¡Porque usted tiene la desgracia de dudar de todo!

—¡Ojalá pudiera creer! Pero dígame usted:

puesto que Dios ó el cielo rige nuestros destinos, ¿es él quien me ha hecho así? ¿Es Dios quien me quitó mi madre al nacer, quien me hizo contrahecho y deforme, quien me ha arrebatado á mi padre en la infancia, quien me entregó á tutores crueles que me abandonaron? ¿Es á Dios á quien debo una amarga vida, sin esperanza alguna de dicha, condenada á la soledad y al dolor?

La Condesa inclinó la cabeza y guardó un triste silencio.

—Preciso es, señora—prosiguió el Duque, con los ojos animados y los labios abiertos por una amarga sonrisa,—preciso es que usted convenga conmigo en que si Dios ha dispuesto las cosas así, no debo estarle muy agradecido, ni conmigo otros muchos seres tan castigados como yo, por su paternal bondad; y yo le aseguro que para hacer el mundo tal como está, no le hubiera hecho nunca.

—¡Amigo mío, usted blasfema!—exclamó la viuda con voz triste.—¿Por qué? ¿Halla en eso algún alivio á sus penas? ¿No lo hallaría más bien en la resignación?

—¡Ojalá pudiera tenerla, mi querida Condesa! pero eso no depende de nuestra voluntad; la resignación es la inercia, quizá la falta de sensibilidad, disfrazada con un nombre pomposo. Sin embargo, yo la tendría si pudiera; pero mi alma está ulcerada desde que vi la primera luz del día. Por doquiera, y sobre todo en mí mismo, he visto siempre el dolor, el egoísmo y la injusticia: he visto al

fuerte atropellando al débil; á éste someterse cobardemente á la fuerza y á la violencia; he visto que el oro es el rey del mundo, y que la virtud es por todos despreciada y desconocida.

—Yo no he visto sólo eso—repuso la madre de Daniel:—he visto muchas otras cosas.

—Lo creo, amiga mía: á mí me faltan aún muchas que enumerar.

—Dígalas usted, pues, y cuando acabe hablaré yo.

—He visto—prosiguió el Duque—á una madre joven y hermosa, ofrecerme para esposa á su hija, que era un ángel de belleza; á mí, monstruosa figura señalada por la mano de la Naturaleza, que ha sido para mí la más despiadada madrastra. Si hubiera yo querido, señora, me hubiera casado con esa bella niña que hoy es la esposa de Daniel, y eso sólo porque soy millonario.

—Está usted en un error, señor Duque,—dijo gravemente María de Guzmán.

—Su madre me la daba.

—Pues ella se hubiera negado á ese casamiento.

—Creo que no.

—Yo estoy cierta de que sí, porque amaba á mi hijo.

—¿Creía que era rico también?

—Sabía que era pobre.

—Su madre, la misma Leocadia, se hubiera casado conmigo, rehusando su hija.

—Eso lo creo mejor, por ser más fácil; pero eso

ya no era venderse. Leocadia no es ya joven, estaba arruinada; ¿no se ha de conceder algo á la razón?

—Dejémonos de nombres bellos, Condesa—interrumpió el jorobado;—yo tengo hoy tanta bilis, que necesito aliviarla quejándome de todo lo creado; si usted no tuviera la bondad de oirme de vez en cuando, ya hubiera salido de este mundo.

—¡No sería usted capaz de semejante cobardía!

—¡Lo cobarde es estar aquí sufriendo uno y otro día lo que la suerte quiere enviarnos! No creo en nada, no amo nada: ¿para qué quiero estar aquí?

—Mi querido amigo, ¿y la fe religiosa? ¿y la esperanza de una vida mejor?

—Repito, Condesa, que yo no creo en nada; hace tiempo que he sacudido todas las mitologías de la infancia, porque soy viejo.

—¡Imposible! ¿Qué queda en la vejez si arrojamos las creencias?

—Queda el honor. Yo desafío á usted y á todos á que hallen una sola falta en mi vida; y soy un hombre honrado para demostrar á esos adoradores de los dioses carcomidos, que se puede ser mejor que ellos, y no creer en nada, sin embargo.

—¡Pero la falta de creencia de usted, mi pobre amigo, no hace daño á los demás, sino á usted solo!—dijo Cristina interviniendo por la primera vez en la conversación.—¡Es usted el desgraciado, el aislado, el solitario! ¡Ah, si supiera usted qué dulce es decir cada día al Supremo Hacedor: «há-

gase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!»

—¿Es usted dichosa con ser tan religiosa, pobre niña?—preguntó el tenaz ateo á la joven.

—¡Sí, señor! No lo soy en absoluto; pero lo soy cuando entro dentro de ese mundo interior que llamamos la conciencia.

—¿Y qué le dice á usted ese mundo?

—Que la desgracia tiene fin, y que aún puedo ver algunos días felices sobre la tierra.

—¿Y si no los ve usted?

—Los veré en el cielo.

—No quiero quitar á usted tan consoladora esperanza—dijo el Duque tomando una taza de te que le presentaba Cristina;—y crea usted, hija mía, crea usted, señora, que las envidio mucho su paz interior en medio de tantos dolores como las aquejan; donde únicamente me hallo algún tanto tranquilo es al lado de ustedes dos, modelos de abnegación y de ternura; pero hablemos ya de lo que pasa por el mundo, donde yo voy con frecuencia á pasear mi fastidio. ¿Sabe usted, Condesa, que el héroe del día es D. Román de Silva?

—Nada sabía—contestó la viuda;—apenas salgo más que para ir á la iglesia ó á casa de mi hijo.

—Yo he visto á ese hombre,—dijo Cristina.

—¿Y dónde?—preguntó su abuela.

—En el último baile que dió mi padre, le presentó la Baronesa de la Calzada.

—Es un hombre muy opulento—dijo el Duque.

—Madrid está asombrado de su lujo; recién llegado se mostró enamorado de Adriana, y parece que hacía alarde de su afición.

—Ella estaba indignada—observó Cristina,—y hasta tal punto, que se negó á recibirle y hasta á saludarle; en cuanto á eso, la pobre niña es muy buena.

En aquel instante dió el reloj las once y media. Cristina hizo sonar un timbre y se puso de pie.

Un instante después apareció en la puerta el anciano criado que debía acompañarla.

La joven abrazó tiernamente á la Condesa, dió la mano al Duque, y salió de la estancia.

No bien se hubo alejado el ruido de sus pasos, el Duque acercó su sillón al de su amiga, y le dijo con misterio:

—He venido á decir á usted una cosa importante.

—¿Y qué es?—preguntó la Condesa con aire alarmado:—¿le sucede algo á Daniel?

—Nada más que estar pobre; pero eso no es nada comparado con la importancia del mal á que me refiero.

—¡Hable usted, por Dios! ¿Es á Daniel?

—¡Repito que no! Se trata del Conde... de Marcelo.

—¿Qué le sucede?

—Está desesperado con su casamiento.

—Todos lo suponemos.

—Aborrece á esa mujer, que le sedujo con sus artificios, que le explota y que le engaña.

—¡Pobre Marcelo!

—Esa mujer pasa las veladas con Román de Silva, sale sola con él, y con él va sola al teatro.

—Y Marcelo, ¿qué dice?

—Hasta hace poco nada había sospechado; pero un anónimo le ha puesto sobre aviso; matará á esa mujer, cuyo solo delito es la ceguedad del amor maternal. Viendo que Daniel no quiere ni tomar ni gastar el dinero que Leocadia daba á su hija, quiere sacarlo de cualquier lado que pueda ser.

—¡Pobre Marcelo!—repitió la Condesa.

—Es, pues, necesario, señora, estar preparados para una catástrofe, que indudablemente tendrá lugar: Marcelo matará á su mujer.

—Yo hablaré á Leocadia, yo la aconsejaré, yo haré que abra los ojos, para que el nombre de mi hijo no se manche con lodo y sangre.

—¿Y cuándo la verá usted, señora? El Conde ha recibido al mediodía una carta anónima donde le avisan de todo lo que sucede. De un instante á otro puede ocurrir una desgracia grave.

—Voy ahora mismo á casa de Marcelo—dijo la Condesa.—¿Quiere usted acompañarme hasta la puerta? Mi impaciencia no me permite esperar la vuelta de Francisco, que ha ido á acompañar á Cristina.

—Yo iré con usted,—dijo el Duque.

—Hasta la puerta sólo: es muy tarde.

—Para mí, desgraciadamente, son iguales todas

las horas: nadie me espera ni se inquieta por mi ausencia; pero desde la puerta me iré; lo que no acierto es de qué manera se volverá usted á su casa.

—No lo sé; para mí ahora lo importante es ver á la Condesa, es hablarle, es decirle el riesgo que corre su vida, es convencerla para que abandone esa senda de perdición.

—Es tarde, señora.

—¡Ah, por Dios, no sea usted fatalista! Déjeme á lo menos la esperanza: los descreídos son como ese viento que hay que abrasa cuanto toca.

La Condesa llamó y entró su camarera.

—No me esperen ustedes—dijo:—así que venga Francisco, cierren y acuéstense; yo voy ahora á casa del señor Conde, donde pasaré la noche.

La Condesa se abrigó la cabeza con una toquilla de encaje, se cubrió con un pañolón y salió á pie con su amigo, que hizo retirar el soberbio carruaje que le esperaba.

V

Las doce sonaban en el reloj de Palacio cuando la Condesa y su amigo llegaban á la puerta del palacio del Conde del Villar.

¿Había ya entrado Cristina?

¿Se hallaba aún en el camino?

Esto es lo que su abuela se preguntaba con una incertidumbre llena de angustia.